

Un cariñoso lapo y un severo pañuelo

Escribe: Hugo Vergara

Docente del Departamento de Humanidades y de la Facultad de Comunicaciones

Un lapo. Ese, sin duda, es el primer recuerdo que tengo de mi educación en el colegio Seminario. Un lapo de ademán más aparatoso que violento. Un lapo en la cabeza de un condiscípulo desconocido propinado por un profesor desconocido en un aula desconocida. El profesor Silva, minutos antes, había estrenado nuestro lunes y nuestro año lectivo con unas afectuosas palabras de bienvenida. De pronto, un estornudo salvaje, exagerado, que empezó con un alarido de muerte y terminó con el más ridículo “chiiuuuu” destrozó la tranquila modorra matutina. No hubo tiempo de reír. Las miradas de una treintena de desconocidos se centraron en las mejillas súbitamente coloradas del profesor Silva. Él, sin abandonar su andar elegante, se acercó a la desafortunada alma autora del esperpento y le zampó el lapo. Luego, le acarició con calidez la mejilla y le dijo que lo sentía. Entonces nos preguntó: *¿Sabían que José Faustino Sánchez Carrión estudió en esta misma aula? Ustedes empiezan hoy la misma educación que recibieron cientos de años atrás, grandes hombres que delinearon la historia. Por eso, su formación no puede ser solamente de conocimientos científicos. Nuestro lema es Fides, Patria, Labor. Aquí, en el glorioso Colegio Seminario de San Carlos y San Marcelo, formamos futuros profesionales, tal vez, pero definitivamente formamos caballeros, patriotas, hombres de bien...*

Y aprendimos esa mañana que un hombre bien educado no estornuda así sino que con discreción y dentro de un pañuelo, prenda obligatoria desde entonces. No llevarlo era merecedor a un fuerte llamado de atención. Todas las semanas se revisaban tareas y útiles, pero además se revisaban limpieza y pulcritud personal y del uniforme, y claro, el pañuelo que debía estar siempre impecable. *No solo es para tus mocos, nos decían y nos enseñaban que si una persona se sentía mal, la asistías con un pañuelo limpio.* Fíjate cómo está el lugar donde te vas a sentar y dónde se va a sentar tu compañía y asegúrate con tu pañuelo que esté limpio.



*La educación no es preparación para la vida;
la educación es la vida en sí misma.*
John Dewey

Tantas posibles eventualidades salvadas con un pañuelo que muchos empezamos a dotarlo de cualidades sobrenaturales y a llevar dos; uno para nuestro uso personal y el otro por si acaso, a la espera por socorrer a una damisela desvanecida por el calor y aliviar su bochorno con una tela almidonada y planchada. Y no faltó aquel que se ganó un beso al extender su pañuelo limpio sobre la banca de la plazuela para que ella se siente.

Más de veinte años y ese matiz de mi educación en el glorioso Seminario sigue presente. Claro es que la educación clásica también se grabó en nosotros pese a nuestros esfuerzos rebeldes, sin embargo, es ese aspecto que no figuraba en los planes de estudio ni se mencionaba en ningún capítulo de ningún temario, el que más nos definió. Ni las malas calificaciones o los actos rebeldes tenían la gravedad de una expresión dicha con mal gusto. De ahí que una clase de Arte se convertía en una clase de urbanidad y refinamiento, una clase de Química en un taller de aseo y la de Historia en una de reflexión del pensamiento humano. Solamente en un entorno así tiene sentido que alguien que jaló Matemática sea elegido y preparado para representar al colegio en un concurso de Aritmética y Ajedrez, que un individuo indisciplinado sea nombrado brigadier de disciplina y que el mismo estudiante que renegó de la Química en un experimento fallido termine de presidente del Club de Ciencias y organizador de la Feria.

Docentes así, que hacían eso por sus estudiantes. Docentes - ex alumnos seminaristas que estudiaron bajo la misma mística y que luego inspiraron el mismo sentimiento holístico que irradia este colegio desde 1625. Lo supimos por las anécdotas del gran Leoncio

Chávarry, maestro de nuestros maestros. Este hombre que en la reja de su propia casa había colocado Pasaje San Carlos y San Marcelo, se aseguraba de conocer a cada uno de nosotros y nos abordaba con interrogantes: ¿Sabían que la primera bandera del Perú fue resguardada por estudiantes seminaristas a la espera de José de San Martín en esta misma aula? Ustedes...

En cierta ocasión nos contó que un grupo de alumnos fueron invitados a un baile de un colegio de mujeres, pero, al enterarse, las monjas que lo regentaban declararon que el baile sería sólo entre mujeres. Esta cuadrilla de intrépidos decidió que la solución era disfrazarse de mujer y así, con pelucas y ropas de madres y hermanas, se colaron en la fiesta y bailaron hasta que fueron descubiertos. La indignación de la monja se hizo notar al día siguiente en la oficina del director quien, tras escucharla en silencio, le preguntó con toda amabilidad: *¿Se comportaron mal? ¿Le faltaron el respeto a alguien? Entonces nada malo ha pasado, tan sólo una desafortunada elección de vestimenta.*

Es muy posible que luego de ser defendidos, a ese grupo de estudiantes (algunos de ellos, luego convertidos en maestros) les cayó también un lapo y un sermón que seguramente habrá empezado más o menos así: *¿Sabían que Toribio Rodríguez de Mendoza y José Andrés Rázuri estudiaron en esta misma aula? Ustedes...*

